

Mi visita a la Cueva de Troska

En la vertiente norte del crestón calizo de las Peñas de Aitzkoate, a unos 580 m. de altitud y dominando el barranco de Intzartzu, se abre la boca de acceso a la gran caverna de TROSKAETA. Animado por la insistente invitación del cuerpo de espeleólogos de «Aranzadi», intento reseñar unas impresiones de esta cueva que encierra motivos suficientes para despertar la curiosidad del menos iniciado en los secretos de la Naturaleza.

Hoy, nuestra expedición lleva la idea base de atravesar una cierta laguna en la que termina el antro a los 236 m. de la boca de entrada y unos 72 m. bajo su nivel.

En el amplio vestibulo, los expedicionarios se preparan cambiándose la vestimenta—que llamaríamos propiamente «de superficie»—por otra más adecuada; así, el «mono» sustituye al pantalón y alegre camisola de nuestros montañeros y la «txapela» desaparece bajo un casco más o menos serio en consonancia con la gravedad de la empresa. Llama mi atención el cuidado especial que ponen en la preparación de las luces que han de utilizarse—de carburo, principalmente—y es curioso observar los detalles de carga de las lámparas y cuidadoso ajuste de las boquillas.

Iniciada la exploración, apenas tenemos tiempo suficiente para observar el fuerte pulimento en las paredes de la boca de la «Sima de los Osos», en uno de los extremos del vestibulo. La llamada insistente del último del grupo me hace desistir de mi deseo y, sumándome a la expedición, desciendo por el negro agujero llevando, por delante, la luz de mi carburo.

...Avanzamos. A nadie interesan los osos; a mí me habría gustado observar y discurrir ante la negra sima del yacimiento inagotado del «ursus speleus» pero la seriedad de la expedición exige rendirse a un solo criterio que dispone todos los movimientos.

Ante la breve escalerilla que salva cómodamente un desplome de cinco metros, puedo entretenerme un momento; sólo un momento. Una voz de mando ordena mi descenso y, en el orden que se me ha indicado, salvo el obstáculo para sentarme en la «Cámara Blanca» de donde, rápidamente, obtengo un apunte de la escena. (Fig. 1).

Encuentro todo muy interesante y animado aunque, de cuando en cuando, me asalta y molesta el pensamiento de hallarme solo y perdido en la lobreguez de uno de estos corredores. Algunos de mis compañeros, los más jóvenes, actúan con aparente desprecio de los detalles; son conocedores de la cueva y dan la impresión de caminar «sobre terreno trillado». A mí me emo-

cionan las notas más pequeñas y tienen que llamarme al orden cuando una bella estalagtitita blanca, graciosa de formas en caprichosa concreción, se ofrece a la luz de mi farol chispeando alegre y coqueta, como si intentara fasciarme al saberme neófito en mi nuevo oficio de «buzo» de la montaña. El que nos conduce—buen conocedor del antro—se entretiene brevemente para nombrar los parajes y decir algo notable relacionado con las particularidades de la caverna.



(Fig. 1)

de mi situación, me recuerda «vamos a llegar pronto a nuestro objetivo». Agradezco la indicación; ella me libera de una idea que comenzaba a pesarme; no alcanzarlo nunca.

A la cabeza de la estirada fila de exploradores, se sienten gritos o breves recomendaciones; a mí llegan gruñidos vagos desfigurados por el eco y las resonancias y de esta manera nunca acabo de enterarme de las órdenes que envía el primero. Ello me obliga a poner especial cuidado en dar mis pasos con pérdida notable de otras atenciones; atiendo lo mejor que puedo mi farol de carburo evitando choques violentos contra las paredes de la cueva que podrían destrozarse su boquilla... ¡Cualquiera le dice nada con una avería así, al que va en cabeza...!

—«Antro Larrauri»—anuncia una voz. La mujer se vuelve y me dice, bajito: «¡Ya estamos...!» Y, en efecto, parece nos encontramos cerca. La marcha se ha hecho sensiblemente más rápida. Salvamos una zona caótica de bloques desprendidos y nuestras luces se reflejan sobre el espejo yerto de la «Laguna Deseada».

Nuestro primer explorador, tumbado sobre un débil botecillo neumático,

accionando sus manos a manera de remos y manteniendo en alto su luz, atraviesa felizmente la laguna. Los resaltes de la bóveda y pared derecha de la cueva nos lo ocultan. Vemos el resplandor y reflejos de su lámpara y escuchamos sus voces que emite de la orilla opuesta hollada, probablemente, por primera vez en la historia del antro.

Los incidentes, la escena misma, sobrecogen y mantienen tensos los ánimos de los espectadores. Soy uno de éstos y he aprovechado el histórico momento para obtener uno de mis apuntes (fig. 2). Mi infantil ocupación de «dibujante» es mi salvoconducto para que estos buscadores de lo tortuoso no cuenten conmigo para nada. En el fondo—entretanto emborrono cuartillas—considero que Casteret se habría reído de nuestros rudimentarios procedimientos; probablemente ni habría necesitado de bote neumático: una de sus zambullidas habría sido suficiente para transportarlo al otro lado de la laguna, olfatear con perspicacia de maestro los detalles de la ribera «inconnué» y regresar al punto de partida deleitándose en el baño matinal-subterráneo... a nueve grados centígrado. (¡ !)

Continúo dibujando entretanto los nautas improvisados hacen retroceder y avanzar, según conviene, el flotador neumático; así serán tres los que alcancen a fisgonear el misterio del otro lado. Para que puedan regresar a la base, me veo obligado a lanzarme sobre el flotador y bracear con él en busca de los aislados. Los 17 metros de recorrido náutico-subterráneo me parecen 170, pero me consuela pensar que mi hazaña (?) será rigurosamente registrada por estos severos espeleólogos de «mono» arcilloso, cascos guerreros y luces de vieja castañera en la mano...

Al regreso, nuestro conductor —virgilio nórdico de gran alzada, ojos azules y ademanes inquietos— sonríe satisfecho: la expedición ha logrado su



(Fig. 2)

objeto y el secreto de la «Laguna Deseada» es... un poco menos secreto que antes. Ahora nos sacará de las tinieblas y nos conducirá a la luz...

CARLOS MENAYA.—DEL G. DE C. N. «ARANZADI».